

TRES ELEGÍAS DE RONSARD

CARLOS CLEMENTSON
Universidad de Málaga

La obra de Ronsard, uno de los máximos poetas de la lengua francesa, al tiempo que de más abarcadora amplitud de registros, de temas, preocupaciones y matices, es, realmente, bastante desconocida en España, con la excepción de alguna de sus más divulgadas composiciones, recogidas en las antologías escolares, que, naturalmente, ofrecen de ese brillante y sugestivo *huerto de Ronsard* que cantara Machado, una visión muy limitada y parcial, poco representativa de la densa complejidad de su mundo poético (*).

Pierre de Ronsard no es sólo, por supuesto, el epicúreo y melancólico autor del inmortal soneto a Helena que comienza *Quand vous serez bien vieille, au soir, a la chandelle*, o de la universalmente conocida oda a Casandra, *Mignonne, allons voir si la rose...*; poemas que, por sus generalizada difusión, pueden reducir, para una atención un tanto superficial, la rica personalidad de su autor a un solo plano de sus varias facetas, sino que se trata de uno de los poetas renacentistas de mayor incidencia en las literaturas europeas de su tiempo, para quien la poesía es tanto un medio de goce como de conocimiento, y autor de una vastísima producción de más de cincuenta mil versos, que recogen con una muy refinada maestría técnica y una arrebatadora inspiración, casi prerromántica en ocasiones, el deslumbrante abanico de inquietudes estéticas, filosóficas, morales, religiosas y políticas de su tiempo, a la vez que las más íntimas y radicales palpitations de su espíritu.

En este sentido, en cuanto resumen o compendio de las inquietudes de su siglo —el brillante Renacimiento francés en su caso—, Ronsard se adscribe, como Fernando de

(*) El único estudio, que nosotros sepamos, publicado en castellano sobre el poeta, data de 1945: *Ronsard, su vida y su época*, de D.B. WYNDHAM LEWIS, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

En cuanto a las escasas y recurrentes versiones de su obra a nuestra lengua, con la excepción de las dos o tres piezas más tópicas de su autor, que han tentado con frecuencia la atención de nuestros traductores, sólo contamos con la impecable, ajustada y poética, de los *Sonetos para Helena*, realizada por CARLOS PUJOL: Barcelona, Bruguera-Libro Amigo, 1982.

Con la intención de subsanar tal carencia, llevamos traducidos cerca de cuatro mil versos del ingente corpus ronsardiano, a fin de dar a conocer próximamente un amplio muestrario de su variada obra poética.

Ha sido ésta una grata manera de pasar el Olvido verano cordobés de 1987, a la sombra de uno de los más bellos jardines de Francia.

Herrera y luego Lope, en España, o como Victor Hugo, en el siglo XIX europeo, a esa rara pléyade de poetas totalizadores que, por la diversidad y grandeza de su genio, por su versatilidad espiritual y expresiva, se constituyen en permanentes símbolos de toda una época y de las inquietudes espirituales de una comunidad.

Como su contemporáneo Herrera, en España, Ronsard **aúna** a su petrarquista sensibilidad de poeta lírico y a su cívica y noble vibración personal por el destino de su patria, sus preocupaciones humanísticas por el futuro de la lengua, el estilo y la literatura, que para **él** se constituyen en otra auténtica pasión, ésta de tipo intelectual, que le **lleva** a extasiarse ante un texto antiguo de Píndaro o de Anacreonte con la misma sincera efusión que ante un bello rostro femenino o un refrescante y sereno paisaje de las riberas del **Loira**.

A veces, la presión imitativa de sus modelos antiguos y su fidelidad a sus particulares postulados estéticos acaban por constreñir el libre vuelo de su inspiración personal, sobre todo en sus primeras odas y en el frustrado intento épico de su **Franciada**, con el peso y aparato de una **erudición** humanística y mitológica —muy característica de su tiempo, por otra parte—, que deseca la espontánea fluidez de su discurso; mas el poderoso genio lírico ronsardiano, a pesar del casi sagrado prestigio de sus sugestivas fórmulas renacentistas, logra triunfar, la mayor parte de las veces, de sus propios condicionamientos estéticos, y se alza, entonces —radiante o melancólico, arrebatado o **sereno**— a muy elevadas y oxigenantes latitudes de emoción, poesía y **belleza**.

Como Herrera, Ronsard es un humanista, un apasionado y ferviente estudioso de la Antigüedad y de sus **dilectos** autores pretéritos; como Lope, era un vitalista con todos sus sentidos en alerta y palpitante disposición receptiva para captar todos los movimientos y sugerencias de la vida: desde una página de Homero o de Teócrito, a los familiares horizontes naturales de su bello país natal, pasando por el refinamiento estilizado de alguna dama de la corte de los **Valois**, o la agreste belleza juvenil de cualquier muchachita campesina, sin olvidar tampoco las calamidades políticas y convulsiones de su patria, o su cristiana **confianza** en un absoluto religioso que venía a profundizar la superficie de su temperamento **constitutivamente** hedonista y pagano.

Conciliador de toda suerte de contrarios, clásico y romántico **avant la lettre**, aunque sin la ingenua y severa simplicidad de los grandes modelos antiguos, sino más bien tocado de un cierto preciosismo y blandura **alejandrinos**, por más que en muchos de sus versos —aquellos más mesurados y **robustos**— anticipase la sobria majestad y empaque de los grandes maestros del Clasicismo francés del XVII, la personalidad literaria y humana de Ronsard se nos ofrece como lo más alejado a un espíritu de una sola pieza.

Mas todo ello bajo el común denominador unificador de su porosa y abierta sensibilidad y temperamento; exaltado en el goce, y también consciente de la transitoria limitación de ese goce, que nos lo hace más apetecible.

Como nos recuerda G. Lanson, "el temperamento de Ronsard era voluptuoso, sensual melancólico, con esa melancolía que la brevedad y relatividad de las inestables **voluptuosidades** imponen a los sensuales: **sufría** fuertemente la impresión de las cosas exteriores y la **devolvía** en imágenes que expresaban la concordancia o el contraste de la naturaleza visible con las disposiciones íntimas de la naturaleza subjetiva. En una palabra, había en Ronsard un temperamento de lírico elegíaco". Y, en justa correspondencia a su carácter, es en este género donde alcanza sus más puros, auténticos y perdurables acentos, de los que en estos tres poemas que hoy presentamos ofrece bien expresivo ejemplo.

La poesía de Ronsard nos muestra, por otra parte, una muy alta conciencia de sí misma,

de su propia dignidad y nobleza, así como un altísimo concepto de la figura del poeta como *vates* inspirado y capaz de un mensaje oracular cuyas revelaciones son susceptibles de desafiar con fortuna los estragos del tiempo. Y en esta sublime valoración de la figura del poeta, como ser inspirado, deja entreverse ese "eón", romántico y dionisiaco a la vez, que cruza — **fulgurante**— la renacentista lírica de Ronsard, quien, de igual modo, en su vital y nada artificioso sentimiento del paisaje va a anticipar las cálidas efusiones ante el mundo natural del posterior romanticismo.

Como luego **Lamartine**, Hugo o Musset, Ronsard se reconoce y afirma en sus caros paisajes natales de las riberas del **Loira** con los que panteístamente parece comulgar y cobrar fuerzas, como un nuevo Anteo, en sus raptos de cordial fusión con el cosmos y de religiosa comunión con la materia; una materia que, para Ronsard, en la lenta pero incesante mutabilidad de sus formas, mas también en la inagotable y profunda permanencia de su identidad, aparece configurada con las mismas propiedades de lo único, de lo sagrado y casi divino.

Y así gusta de reconocerlo consoladoramente el poeta en los versos finales de su magna elegía *Contra los leñadores del bosque de Gâtine*:

*De Ternpé la vallée un jour sera rnonlagne
el la cirne d'Athos une large campagne;
Neptune quelquefois de blé sera couvert:
la matière demeure et la forme se perd.*

Pues la naturaleza, en su poesía, no es sólo pastoral o bucólico telón de fondo, recortado de cualquier égloga clásica o italiana. Es un paisaje, la mayor parte de las veces, real, concreto, vivido y descrito en el poema con todo lujo de matices y detalles exactos, e incluso con frecuentes y sabrosas referencias **toponímicas** —aún cuando se trate de un género tan convencional como su espléndida égloga *El viaje a Tours, o los enamorados*, del ciclo, o cancionero, de los *Amores de María*—, esa extensa y brillante composición de trescientos cincuenta alejandrinos —que obvias razones de espacio nos impiden ofrecer aquí, en este trabajo—, y en donde resplandece en toda su hermosura, como en un rico tapiz cortesano del siglo XVI, la suntuosa y radiante sensualidad del arte renacentista.

CRITERIOS PARA LA TRADUCCIÓN

En esta **gratificante** empresa de traducción que hemos emprendido de la vasta y poliédrica obra de Ronsard, hemos intentado seguir, en la medida de nuestras posibilidades, el ideal al respecto postulado por ese maestro de traductores que fuera Carles Riba. "El traductor aspira —**dice** el gran humanista **catalán**— a presentar el mismo contenido de la obra original bajo una forma, en una lengua distinta, que sustituya la del original, análoga en su economía, en su tono, en su movimiento y en la relación de sus elementos"; intentando resaltar sobre todo, por nuestra parte, lo que son sus valores estéticos permanentes, pero sin renunciar tampoco a una cierta fidelidad a unas determinadas características históricas y a un cierto sabor de época, en el presente caso, de **imagería** petrarquista y aparato mitológico, dimensiones **léxicas** y **sintácticas**, que hemos procurado adaptar, en la medida que nos ha sido posible —por sus similitudes temáticas y **estilísticas**— al lenguaje poético coetáneo de la lírica española.

Hemos intentado, pues, acercarnos a los equivalentes sincrónicos formales, seguidos por la poesía que por aquellas mismas fechas se cultivara en España, bajo idénticos o parecidos magisterios espirituales o formales, marcadamente renacentistas e italianos. Es decir: trasvasar de un orbe lingüístico a otro unas experiencias literarias y humanas, comunes a la mayor parte de la Europa de su tiempo, buscando una expresión histórica paralela en castellano que, por otro lado, tampoco fuese disonante con la lengua literaria actual.

Hemos perseguido, así, la creación de un nuevo poema, autónomo, castellano —no una versión ancilar, más o menos literal, del texto originario— con la máxima fidelidad posible de tono, de espíritu, de forma y expresión al poema francés, asimilándonos el estilo y el movimiento característico del verso ronsardiano, pero adaptándolos igualmente al genio y la prosodia de nuestra lengua, gracias sobre todo a la elección de conceptos y vocablos equivalentes a los del poeta **renacentista**.

Asimismo, hemos intentado recrear la rica **instrumentación** musical del alejandrino de Ronsard. No obstante, ciertos versos tajantes, sentenciosos, lapidarios, precedentes de los drásticos y rotundos alejandrinos racinianos, que en castellano podrían perder su marmórea elocuencia y compostura, los hemos hilvanado en un ritmo más flexible, encadenado y fluctuante, de más sinuosa modulación melódica; por ejemplo: los célebres versos finales de *la Elegía al bosque de Gâtine* han sido más dúctilmente trabados en nuestra versión, añadiéndoles para su mayor fluencia discursiva los nexos explicativos y adversativos del verso final.

En general, hemos prescindido de la rima de los clásicos pareados ronsardianos, aunque no de una manera estricta y absoluta. Nos hubiera sido relativamente fácil esquivar ciertas asonancias o rimas fortuitas y extemporáneas que tan espontáneamente parecen filtrarse en todo poema en verso blanco, pero con frecuencia —y aún a riesgo de ser censurados por los puritanos al respecto que tanto abundan en nuestras letras, y acogiéndonos al más comprensivo criterio traductor de Miguel de Unamuno, excelente recreador de poemas **ajenos**— hemos preferido dejarlas en su sitio en aras de una mayor fidelidad y precisión con relacional texto original.

Sí hemos sido, por el contrario, inflexibles en el mantenimiento a **ultranza** del característico metro alejandrino del poeta francés y en la búsqueda de la máxima **musicalidad** y ritmo métricos, tan consubstanciales a toda criatura poética, y más si cabe a la **lírica** del Renacimiento, tan hermanada espiritualmente con la música.

En definitiva, hemos intentado, pues, recrear poemas, realizar poesía, con la máxima fidelidad literal que nos ha sido posible, al texto, al contenido, al ritmo, a las imágenes y al léxico, pero sobre todo, con la máxima fidelidad literal "al poema", porque, como biendijera Riba, "la traducción más poética es al mismo tiempo la más literal", pues, de otro modo, particularmente nunca estaríamos dispuestos, por nuestra parte, a admitir como plausible ninguna versión carente de verdadera dimensión lírica o poética, por muy atenta a la letra que ésta fuese, sino, antes bien, a esforzamos por intentar obtener la máxima eficacia e intensidad poéticas; intensidad y eficacia para las que la música y el ritmo de los números, aún en la versión castellana, son ineludibles, pues forman parte esencial de la naturaleza misma del poema.

ELEGÍA

(A la muerte de María)

El día que la hermosura más bella de este mundo dejara en el sepulcro sus fúnebres despojos para alzarse perfecta entre las más perfectas, tal día el Amor perdiera sus llamas y sus dardos, hizo apagar su antorcha, rompió todas sus armas, echólas en su tumba, y las regó de lágrimas. Natura la lloró; los Cielos se nublaron, y la Parca, que un hilo tan fino hubo cortado, desde el ocaso al alba no halló Fénix parejo de análoga hermosura con que suplir su falta, tantas gracias y encantos ornaban su belleza; y si es que me equivoco, Amor es quien me engaña. Tan pronto yo la viera, su imagen fue engastada tan dentro de mi pecho que, desde entonces, nada vi ya que me agradase, tan vívida es su huella que toda otra belleza hasta me enoja el verla. Tan dentro de mi sangre la llevo ya grabada que siempre, a todas partes. de su semblante amado la imagen me acompaña, y con sus bellas gracias tan vivamente impresas en mis continuos sueños tanto robado **habíame** el juicio y el espíritu que otro placer no hallaba sino pensar en ella, en sus labios, su risa, sus manos y sus ojos, que aún en mi pecho alientan por más que polvo sean. Antes había yo amado —mi falta, pues, **confieso**—, llevado por mis años, a otras damas, es cierto; mas sus flechas no habían hondamente calado y el pecho solamente sufrió leves rasguños; cuando Amor, que amenaza tanto a dioses que a hombres, viendo que con sus llamas no inflamaba mis ansias, como astuto guerrero, sin cuartel concederme y escoltado por ella, me tomó por asalto. 'Por más —**díjome**— que de tan bellos trofeos de Píndaro, de Horacio, de **Hesíodo** y aún de Orfeo y Homero, aquel que tuvo una voz tan potente, ornado hayas la lengua y el honor de los francos, contempla a esta doncella: tu pecho, aunque aguerrido, caerá bajo su imperio, y serás de ella esclavo". Así dijo, y forzando la cuerda de su arco flecha y doncella a un tiempo sepultóme en el pecho. Mi pobre juicio entonces, cegado por los rayos de tan sin par belleza perdió tino y conciencia, cediendo el gobernalle al deseo y al instinto

que son los que mi barca han regido a su gusto.
Razón, perdóname: otro más cauto **hubiérase**
a él pegado con liga, pues tan dulce voráGINE
de gracias y de amores seguíanla tal las flores
van tras la Primavera cuando al mundo ella vuelve.
Fue cosa del destino conocer su hermosura:
ser divino, que al mundo desdeñara, **vestíase**
de mortales celajes, y aún así nadie osara
de mirarla a los ojos, tanto su luz cegaba.
Su mirada y su risa y sus palabras, llenas
de encanto y maravilla, no eran de estirpe humana,
ni su porte o su frente, su cabello o sus manos.
Una diosa era ella, bajo una **veste** humana,
por la tierra de paso, mas pronto arrebatada
al Cielo, tal cual hubo a este mundo llegado.
Y del mundo partiera en sus bellos abriles,
pues todo lo excelente poco dura en la tierra.
Por más que eila naciese en una humilde aldea,
y no de padres **ricos** ni entre honores o títulos,
no hay por qué censurarla, pues que la deidad misma
nacer no desdeñara en muy pobres parajes,
y, a veces, bajo el hábito de una humilde persona
se oculta lo más puro que el destino atesora.
Quienes visteis su cuerpo, y como yo lo **honrárais**,
podréis decir si miento, y si, triste, yo debo
deplorar en justicia tan hermosa criatura,
espejo de Natura y un milagro del Cielo.
Bellos ojos que fuéraisme tan crueles y dulces,
de pensar en vosotros nunca puedo cansarme,
pues que fuistéis la antorcha que iluminó mis días,
de Amor las puras armas, su morada y su fragua.
Del seno me arrancásteis toda vulgar idea,
y elevasteis mi espíritu hasta los mismos Cielos.
Yo aprendí en vuestra escuela a soñar en silencio,
a conversar a solas y ocultar mi suplicio,
a no dormir las noches consumiéndome en llanto,
y tan sólo al **serviros** supe lo que Amor era.
Pues que desde la aurora cuando el alba despierta
hasta el ocaso cuando la luz bajo el mar sueña
y en tanto que las sombras por los polos discurren,
siempre pensando en **ellos**, todo mi afán vos érais.
Vos sola mi bien érais, la razón de mi vida,
y siempre lo **sereis**, tanto la viva lumbre
de esos ojos, si muertos, me sigue, y de los cuales
el fantasma veo siempre vagando en tomo mío.
Y así, el Amor que siento derramarse en **mis** venas

pase bajo la tierra y escarbe en la ceniza
que helada languidece bajo vuestro sepulcro,
más viva reanimando en mi pecho su llama
para que, viva y muerta, sigais siendo mi antorcha,
y con el pensamiento a toda parte os siga.
¿Podré yo aquí contar las penas que sintiera
al saber vuestro tránsito...? Mi pecho convertido
fue en insensible roca, en fontanas mis ojos,
y tan honda la pena **filtróse** por mis venas
que, atónito, yo mismo fui, de mi mismo, presa
y otro apoyo no tuve que vuestro solo nombre.
Por más que resistiese, no me fuera posible
que mi pecho, a las penas, de natura, tan firme
ocultara su llanto, pues cuanto más lo hiciera
tanto más en mis ojos ya apuntaban las lágrimas.
Y en fin, viendo mi alma tan hondamente herida,
desatando mis labios, desgrané estas querellas:
“¡Falso mundo traidor, cómo me has engañado!
Oh Amor, frágil criatura, pues que me concediste
tan **divinal** belleza que a toda **envidia** excede
y que la Muerte ahora de tus brazos te arranca.
Odioso me parezco, y espantosa esta vida,
pues de tal modo triunfa sobre el Amor la Muerte,
y lo mejor le roba sin resistencia alguna.
¡Pobre de quien te siga y en tu niñez confíe!
Y tú, Cielo, que dices ser de los hombres padre,
forjar nunca debieras con tus manos tal cuerpo
para tan pronto **hurtárnoslo**; ni tú, madre Natura,
llevártelo tan presto ni sepultar tal obra.
Ahora sé, por mi daño, que todo cuanto vive
y todo cuanto alienta sobre este orbe mundano
tan sólo es sueño y humo, no más que pompa vana
que con amables risas de nosotros se burla.
Oh tú, dichoso espíritu que en los Cielos ya moras,
sentado estás ya al coro de los lucientes ángeles
y en **eternal** reposo, libre ya de cuidados;
bajo tus pies contemplas a la tierra y los hombres,
y yo, en cambio, tan sólo veo enojos, tedio y sombras,
cual si mi paz te hubieras tú llevado contigo.
No miento, que mis penas tú ves desde los Cielos,
si es que tú allá aún te ocupas de estas cosas terrenas.
¿Qué debo hacer yo ahora? Amor, ¿qué me aconsejas?
Con negras vestiduras me iré como un salvaje,
gustoso, por los bosques, y mis profundas cuitas
confesaré a las selvas... mas ya saben mis quejas.
Mejor será que muera al pie de estos roquedos,

su nombre repitiendo tan dulce entre mis labios,
pues que seguir viviendo penoso empeño fuera,
e ingrato pareciera el no seguir sus pasos.
Lo mismo que esta tierra, de donde mi bien falta,
tras su funesto vuelo ya sólo me parece
horror, espanto y sombra y oscuro polvo sólo.
Mi Sol está en el Cielo, allí mi luz se abre;
ya el mundo ni sus redes poder sobre mí ejercen.
Mi muerte urgir pretendo, si he de volver a verla:
la Muerte, de ella, tiene la llave, y por sus pórticos
veré, por fin, el alba que da luz a mis sombras.
Así, cuando la Parca haya cortado el hilo
que en este cuerpo tiene mi espíritu cautivo,
dispongo que mis huesos, por toda cobertura,
en un mismo sepulcro reposen junto a ella;
que el Cielo con sus lágrimas riegue esta doble tumba
y en nuestra sepultura estos versos se inscriban:
"Viajero. de este amante oye la cierta historia.
De dos distintos dardos recibió él doble herida:
de la que Amor le hiciera no brotó sino amor,
de la que Muerte hiciérale, nada más que piedad.
Así murió, afligido, de una doble tristeza
por hartó haber amado a una dama tan bella".

ELEGÍA XXIV

Contra los leñadores del Bosque de Gastine

Quienquiera haya el primero su brazo levantado
para **talarte**, oh selva, con un hacha violenta,
que él traspasado sea por su propia cuchilla
y en su estómago sufra las hambres de Erisícton,
quien la encina cortara, de **Ceres**, venerable,
y que ávido de todo, e insaciable con todo,
degolló los carneros y bueyes de su madre,
y enloquecido luego devoróse a si mismo.
¡**Cual** él cómase todos sus predios y sus rentas,
y devórenlo luego los dientes de la guerra!

Para vengar la sangre de nuestras selvas, deba
pagar él nuevos préstamos sobre intereses nuevos
por siempre al usurero, y que al final consuma
toda su hacienda en ello, al saldar su deuda.

Que de continuo trame **innúmeros** proyectos
sin paz en su cerebro y todos vanos seanle,
llevado de premuras y pasiones diversas
y otros malos consejos que ofuscan a los hombres.

Escucha, leñador, detén tu brazo insano.
No son bosques ni selvas éstos que tú derribas;
¿no ves saltar la sangre manando, generosa,
de las ninfas que moran por dentro de los árboles?
Sacrílego asesino, si cuélgase a un ladrón
por robar un botín de bien escaso precio,
qué fuegos, garfios, muertes, angustias y tormentos
tú no merecerías matando a nuestras diosas?

Floresta, alta morada de los silvestres pájaros,
ya el ciervo solitario ni los corzos ligeros
pastarán a tu sombra; ya tu verde melena
no quebrará los rayos del sol en el estío;
ni el pastor amoroso, en un tronco apoyado,
soplando en su zampoña por sus cuatro orificios,
el mastín a sus plantas y a su flanco el cayado,
cantará los ardores de su Jeanette hermosa.
Todo estará ya mudo. Eco estará sin voz.
Todo será ya campo, y en lugar de tus bosques
cuya sombra inconstante lentamente declina,
sufrirás tú la reja y el filo del arado;
perderás tu silencio, y, acezando de espanto,
los Panes y los **Sátiros** huirán siempre de ti.

Adiós, vieja floresta, juguete de los céfiros,
donde por vez primera templara yo mi lira,
donde por vez primera oí resonar las flechas
de Apolo, que me vino a herir el corazón;
donde en mis verdes años, rindiéndome a **Calíope**,
quedé yo enamorado de todas sus hermanas,
cuando sobre la frente cien rosas me arrojara
y con sus propios pechos **Euterpe** me crió.
Adiós, vieja floresta, adiós, sagradas testas,
antiguamente honradas de exvotos y guirnaldas,
ahora el desdén molesto del pobre pasajero,
quemado en el estío por los etéreos rayos,
añorará el frondoso frescor de tu espesura
e increpa a tus verdugos, colmándolos de injurias.

Adiós, robles, corona de audaces ciudadanos,
altas copas de **Júpiter**, bellotas de **Dodona**

que **fuérais** alimento de los primeros hombres;
¡**gentes** por cierto ingratas, que no han agradecido
los dones que les diérais, gentes realmente **bárbaras**
por quebrantar **así** a sus **nutricios** padres!

¡**Cuán** infeliz el hombre que al mundo se confía!
¡**Oh** dioses, cuán fundada que es la filosofía
que afirma: toda cosa al fin perecerá,
y al demudar de forma vestirá otra distinta!

Del Tempe el valle, un día, será erguida montaña,
y una extensa llanura las cúspides del Athos;
el mar verá cubrirse de espigas sus espumas,
pues la materia queda, mas la forma se pierde.

A LA TUMBA
DE MARGARITA DE FRANCIA, DUQUESA DE SAVOYA
JUNTO A
LA DEL MUY AUGUSTO Y DE MUY SANTA MEMORIA
FRANCISCO PRIMERO DE ESTE NOMBRE
Y LAS DE NUESTROS **SEÑORES**, SUS HIJOS Y SUS NIETOS
(Fragmentos)

No quedaba ya más de la estirpe divina
del primer rey Francisco **p u e s t o** que ya el destino
y la Parca implacable nos la habían **usurpado**—
que Margarita sólo, el honor de Savoya,
celeste flor de lirio, cuando la suerte avara,
deshojando sus pétalos, quiso al arrebatarlosla
más pobre hacer la tierra y más **ricos** los cielos.

Cómo hoy tener quisiera, de los griegos, la musa
o la sabiduna de la escuela romana
para cantar sus dones. Tal un cisne que arrastra
su luto con sus **lágrimas** del Meandro en las ondas,
yo diré su belleza y escribiré sus gracias.
Diré que como Palas naciera de la frente
de Júpiter, su padre, esta nueva **Atenea**
surgió igual de la frente de su padre Francisco,
padre de las virtudes, de las leyes, las armas.
Diré que ella empuñaba, de Gorgona, el escudo
y que aquel que en sus obras se entregara a los vicios,

a ella no hubiera osado ni mirar ni acercarse,
y si tal cosa hiciera en mármol se **trocara**.
Diré que, de igual modo nuestra madre Deméter
sembró de **trigo** el campo, ella, como otra diosa,
del Helicón señora, sembró por todas partes
de artes, ciencias y oficios los confines de Francia;
que de todas las musas su alma fue hospitalaria,
que las nobles virtudes eran todas **infusas**
en su espíritu heroico, y que al nacer tal reina
triunfó su buena estrella de los astros aciagos.
Que Dios la hizo tan bella, tan perfecta y tan sabia
que por no repetirla rompió luego el modelo,
no dejando de ejemplo a las demás princesas
que el deseo de imitar el vuelo de su fama.

Grábese un blanco cisne sobre su tumba para
que a través de los siglos testimonie a las gentes
que de las nueve musas fue la madre y también
lo fue de aquellos hombres que en las musas se afanan.
Sobre su tumba yérgase, viva, la misma Fama
con su trompa en los labios y en su espalda las alas,
con cien ojos y oídos, con cien lenguas y voces
que canten cada día, cada mes, cada año
al pasajero el mérito de la muerta y su gloria,
clamando: "Si aquí lees, de Margarita, el nombre,
en quien el cielo puso lo mejor de sí mismo,
tantas veces cantada por Ronsard en sus obras,
y que viviendo fuera la más bella criatura,
bajo este mármol sabe que sus cenizas yacen
y en paz aquí reposa; por ello, oh tú que pasas,
con los ojos llorosos da lectura a esta lápida:
besa su tumba santa y arránquete un suspiro
la hermana de las Musas, de las Gracias, la gracia".

Por no pecar de ingrato en su fiesta ordenada,
que tomará de nuevo con la vuelta del año,
tal un antiguo **Orfeo** con su túnica blanca
recogida en un lazo con un nudo en el flanco,
quiero cantar bien alto con eternas palabras
las mercedes, honores y el afecto que, humilde,
ella me concediera por la honra que tuve
sirviendo a sus sobrinos, mis señores y reyes.
Diré también que el cielo harta envidia me tiene
por hacerme arrastrar una tan larga vida
y guardar mi cabeza semiflorida para
perfumar los sepulcros de mis reyes benéficos.

Diré que, de los Grandes, es incierto el destino,
que loco es quien se fía de mundanos favores,
juguete de la suerte, una flor del verano,
puesto que a tantos reyes vemos durar tan poco.